

LOLES LÓPEZ



MUCHO MÁS QUE

RIVALES



Loles López
Mucho más que rivales

Esencia/Planeta



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Loles López, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Canciones del interior:

Cruel summer, © 2019 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Liar, © 2019 Simco Ltd. bajo licencia exclusiva de Epic Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Camila Cabello.

Adore you, © 2019 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Love you like a love song, © 2014 Hollywood Records, Inc., interpretada por Selena Gómez y The Scene.

Diseño de la cubierta: © Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: junio de 2024

Depósito legal: B. 9.814-2024

ISBN: 978-84-08-28884-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Eterna condena

SUMMER

—Summer, despierta, por favor. —Abro los ojos y lo veo delante de mí, con el pelo alborotado y muy nervioso—. ¿Recuerdas dónde está la salida secreta que te enseñé? —Asiento lentamente con la cabeza, todavía medio dormida—. Quiero que salgas ahora mismo por ella hasta llegar al jardín y que te escondas muy bien. Pase lo que pase, oigas lo que oigas, no entres en casa. Espera a que yo vaya a por ti, ¿vale? No creo que tarde mucho en hacerlo.

Ni siquiera me da tiempo a abrir la boca para contestarle, pues me está levantando de la cama para acompañarme hasta el pasillo tan rápido que me tropiezo con mis propios pies. Me detiene para cogerme de los hombros mientras me mira con seriedad e incluso con una pizca de inquietud. Suelta un suspiro para después guiñarme un ojo, obligándome a dibujar una tímida son-

risa, y a continuación hace un movimiento con la cabeza señalándome la salida oculta que me mostró hace unos meses, al poco de llegar a esta mansión, al que le acompaña un ligero empujón en esa dirección. Ni siquiera espera a ver cómo avanzo, directamente se gira y empieza a bajar las lujosas escaleras casi corriendo. En ese momento, justo cuando lo oigo hablar, en la planta baja, de esa manera tan calmada que lo caracteriza, comienzo a andar, arrastrando los pies por el suelo impoluto de madera, mientras me esfuerzo en recordar todo lo que tengo que hacer una vez que me meta en ese pasadizo secreto una vez que acceda a esa puerta camuflada, algo que creía que solo existía en las películas.

No soy consciente de que he salido al jardín hasta que mis pies se hunden en la fría y cuidada hierba, provocando que un repelús me cruce todo el cuerpo. La negrura de la noche es cegadora, ni siquiera se ve la luna por culpa de las nubes que cubren el cielo, y me abrazo a mí misma, sintiendo el miedo deslizarse por mi espalda. Es muy difícil que alguien pueda ver dónde estoy, no hay ninguna luz cercana que me delate, aunque sí una algo apartada que me permite controlar un poco el terror que le tengo a la oscuridad. Supongo que por eso, o quizá por todo a la vez, sin importar que me haya pedido que me esconda, no soy capaz de moverme más. Estoy paralizada, como si el valor que me ha ayudado a llegar hasta aquí se hubiese evaporado de golpe, impidiendo que vuelva a poner en marcha mis pies. De repente, el estruendo de un trueno provoca que pegue un salto y me lleve la mano al corazón, que me late a toda prisa. Va a llover, lo sé, lo siento en la piel, lo percibo en el aire. Huele a humedad, a misterio, a peligro, a... soledad. Mi estómago se retuerce al pensar en esa

última posibilidad y me giro sin pensar al oír unos fuertes golpes y otro sonido al que no puedo poner nombre, pero que me pone los pelos de punta. Me quedo congelada donde estoy, como si mi cuerpo definitivamente hubiese dejado de funcionar mientras el ensordecedor martilleo de mi corazón lo llena todo. Unas finas gotas heladas caen sobre mí y levanto la vista como si así quisiera asegurarme de que no son figuraciones mías.

Está lloviendo.

Está muy oscuro.

Y yo voy descalza y solo llevo un fino pijama que ni siquiera me protege del frío.

—¡¡NOOOOOO!!

¡Es su voz!

Su voz desgarrada y repleta de pánico me atraviesa como afiladas agujas y me tapo la boca con ambas manos, evitando gritar yo también.

Tengo miedo.

Tengo tanto miedo que no puedo dejar de temblar.

Después, un fuerte sonido parecido a un disparo me sobresalta e incluso me corta el aliento. Y, al cabo de unos minutos, o tal vez más, unos pasos abandonan la casa rápidamente. No tardan en oírse unos neumáticos derrapando cerca, y de repente el punzante y siniestro silencio, solo roto por la lluvia que ha comenzado a caer con más fuerza, lo llena todo.

Dudo un instante, unos agónicos segundos en los que mi respiración se vuelve todavía más frenética, el silencio me taponan los oídos, pero mis piernas toman la iniciativa y empiezo a acercarme a la mansión, desobediendo lo que él me ha pedido. Tengo frío, mi cuerpo tiritaba violentamente por culpa de la lluvia que me moja sin miramientos y siento los pies helados, el cabello pe-

gado a la cara, en mi espalda, en mis labios entreabiertos que intentan coger aire aceleradamente... La puerta de la entrada principal está abierta. No se oye nada, pero eso no me detiene, mi cuerpo manda sobre la razón. No hay rastro de él en la planta baja; por eso, subo cada peldaño de las escaleras con tanto miedo que no sé cómo logro seguir en pie, cómo consigo alcanzar la parte de arriba. Hasta que de pronto lo veo y mis piernas se detienen de golpe.

Está tumbado sobre el suelo de madera, quieto, sin hacer ni un sonido.

Trago saliva con dificultad sintiendo un nudo en la garganta y empiezo a avanzar hacia él. Paso a paso. Latido a latido. Reteniendo el aliento por alguna extraña razón. Sin parar de retorcerme las manos, tan nerviosa como atemorizada. Me pongo en cuclillas y lo zarandeo con suavidad por el hombro.

—Ya se han ido, puedes moverte —susurro sintiendo la garganta seca y el pulso descontrolado—. Papá —utilizo esa palabra por segunda vez desde que estoy aquí y una extraña sensación se apodera de mi cuerpo—, por favor, levántate. —Y es entonces cuando veo la sangre, que se desliza por el suelo lentamente como lava candente.

Intento ponerme de nuevo en pie lo más rápido posible, pero me resbalo, cayendo de culo a su lado. Sus ojos azules están todavía abiertos, fijos en mí. Su expresión congelada me deja aterrorizada y alzo las manos para secarme las primeras lágrimas que descienden por mi cara. Sin embargo, me detengo dejando de respirar cuando me doy cuenta de que están manchadas con su sangre.

Grito con todas mis fuerzas sin parar de mirarlas.

Grito con todo mi ser, desgañitándome y rompiéndome por dentro, notando cómo de mis ojos se desbordan las lágrimas sin control y sintiendo la soledad azotándome de nuevo, como una eterna condena.

Capítulo 2

Los McCoy

SUMMER

Tres años después

Tengo la vista clavada en el suelo de uno de los ascensores del edificio Comcast, ubicado en el famoso Rockefeller Center, es la una del mediodía y llevo exactamente tres horas en Nueva York. Desde que he pisado la Gran Manzana no he parado ni siquiera para tomarme un café en Starbucks, algo que, debo reconocer, necesito como el aire que respiro. Pero es que Arthur, el abogado de la familia y la persona que ha estado orientando cada una de mis decisiones desde aquel día en el que todo volvió a cambiar, me ha pedido que venga a Sagma, la empresa de mi padre, y que hable con Emma, la dulce y considerada asistente personal de Tom Sanders, con la cual he mantenido multitud de conversaciones telefónicas durante el tiempo que he estado fuera de la ciudad.

Cuando alcanzo la planta cincuenta y una, salgo sintiéndome por dentro como un flan... o, mejor aún, como una gelatina enorme en un plato vacilante encima de una mesa rotatoria con una pata rota. Inspiro profundamente intentando disimular lo máximo posible mis emociones —algo que se me da cada vez mejor— y levanto la cara en cuanto veo a la recepcionista —una mujer de mediana edad con el cabello muy corto y rubio platino— mirarme con una sonrisa.

—Buenos días. Bienvenida a Sagma. ¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta de modo profesional.

—Buenos días. Vengo a ver a Emma Medina.

—¿Me puede decir quién pregunta por ella? —me indica mientras apoya la punta de su bolígrafo azul sobre un bloc de notas.

—Soy Summer Sanders.

A la recepcionista no le da tiempo a camuflar la sorpresa que le ha producido oír mi nombre y me mira concienzudamente, como si estuviese delante de un fantasma, uno pequeño y pelirrojo, todo hay que decirlo, pero parece que eso no la hace desistir de observarme como si fuera un titán de tres metros de altura con un enorme ojo en el centro de la frente.

Duda. Duda un segundo en levantar el teléfono, pero al final lo hace y, sin quitarme los ojos de encima, como si me fuera a convertir en ese titán, habla a través de la línea tan bajito que me es imposible oír lo que dice.

—Ahora sale a por usted —me informa después de colgar—. Puede esperar sentada ahí. —Señala unos confortables sofás blancos que hay en una esquina.

—Estoy bien de pie, gracias.

Me separo un poco del mostrador y paseo la mirada

por la deslumbrante oficina que piso por primera vez en mi vida. Me llama la atención que todo sea de colores claros, con el blanco y el acero como protagonistas. Algunos departamentos están delimitados por cristales y otros por paredes, y el ambiente de seriedad, de poder e incluso de exclusividad se palpa en cada centímetro que queda a la vista. Es normal que sea así. Sagma es una de las compañías más importantes de Estados Unidos y, aparte de ser la dueña de la cadena de televisión favorita de muchos, The AT (The American Television), es también la propietaria de una famosa editorial y hasta de una red social cada vez más conocida. Es una multinacional potente, que sigue creciendo y que fue fundada por mi padre hace más de cuarenta años...

—¡Madre mía, Summer! —Oigo la suave voz de Emma y me giro para ver a esta mujer de cara bonachona y cabello ensortijado de color avellana acercarse a mí mientras mueve sus pronunciadas caderas—. ¿Qué has hecho este verano? ¡Estás irreconocible! —añade, dándome un abrazo. Ambas somos de la misma estatura—. Además de preciosa —susurra en mi oído para después apartarme un poco de ella y guiñarme un ojo.

—Gracias. Tú también estás muy guapa... —susurro de vuelta y Emma ensancha todavía más su sonrisa mientras me coge la mano para guiarme hacia... algún sitio.

—Eso es porque me he cansado de plancharme el pelo y me he dejado la melena de leona al fin libre —suelta meciendo sus rizos y provocando que sonría—. Vamos, que tenemos que ponernos al día —me comenta—. Lisa, si alguien pregunta por mí, dile que estoy ocupada y coge el recado —añade dirigiéndose a la recepcionista sin ni siquiera frenar sus pequeñas pero rápidas zanca-

das—. Ahora sí que podemos hablar con tranquilidad —dice después de cerrar la puerta de un despacho con paredes convencionales—. Siéntate, Summer.

Emma se acomoda tras su escritorio y ocupo una silla situada justo enfrente. Ella sonrío mientras se sube sus doradas gafas redondas por el puente de la naricilla, para a continuación soltar un sonoro suspiro.

—Arthur me ha dicho... —comienzo a hablar al ver que ella solo me mira en el más completo silencio.

—Lo sé —me interrumpe y de repente saca un pañuelo de papel de no sé dónde para secarse debajo de los ojos. ¿Está llorando?—. En cuanto te has ido de su bufete, me ha llamado. Ha llegado el día que todos esperábamos.

—Eso parece.

—Antes de nada, felicidades. Tengo este día marcado en rojo en mi calendario desde hace tres años. Nunca un 27 de octubre me ha hecho tan feliz —susurra con tanta dulzura que no puedo evitar sonreír.

—Gracias.

—Y, dime, ¿qué has hecho este verano? Pensé que vendrías a Nueva York después de que se acabaran las clases y que, incluso, me llamarías cuando te instalaras aquí.

—Ya... —Me encojo de hombros—. Estuve a punto de venir, pero al final me decanté por Montana. Sé que tanto mi abuela como mi padre hubiesen querido que lo dejara todo bien atado allí antes de mudarme a la Gran Manzana. He aprovechado el tiempo para descansar, leer, organizar la casa, poner flores en el panteón familiar y contratar a un matrimonio que me ayude a mantener la propiedad cuidada en mi ausencia.

—¿Acabas de cumplir dieciocho o treinta, Summer? —suelta en un claro intento de hacerme sonreír y me encojo de nuevo de hombros. No es la primera vez que me dicen que aparento más edad, supongo que la vida que me ha tocado ha hecho que madure más rápido—. Siempre tan responsable, tan pendiente de todos los detalles y de todo lo que te rodea. Sé que tu abuela y tu padre estarían muy orgullosos de ti.

—Bueno... —me esfuerzo por sonreír—, eso espero. Aunque mi abuela no era mi mayor fan, me comporto así porque es lo mínimo que puedo hacer por ellos.

—Creo que, en el fondo, tu abuela te adoraba —comenta, y niego con la cabeza. Sé que me lo dice para que me sienta bien, pero no hace falta. Aunque mi abuela no me quisiera, por lo menos tuve algo parecido a una familia y eso, para mí, es lo más importante—. ¿Y qué tal en la universidad?

—Al principio iba un poco loca, pero parece que ya estoy cogiendo el ritmo.

—Me imagino. Princeton es una de las universidades más importantes del país —afirma con una amable sonrisa—. Y, cuéntame, ¿ya sabes qué vas a hacer con la casa de Los Hamptons? Arthur me comentó que iba a hablar contigo de ella y del resto de propiedades que tenía tu padre.

—Sí —contesto sin dudar, pues es algo que tengo claro desde hace tiempo—. La voy a vender. No... no puedo ni siquiera pensar en volver allí.

—Te entiendo. —Me coge la mano por encima de la mesa mientras me sonrío, como si comprendiera que me es imposible volver a estar en esa mansión que todavía me acecha en mis pesadillas—. Bien, Summer, vaya-

mos al meollo del asunto. ¿Estás preparada para todo lo que te viene encima?

—Sí —respondo sin dudar, aunque en el fondo sepa que estoy mintiendo como una bellaca.

—¡Esta es mi chica! Vamos a empezar por lo básico: McCoy tiene que saber que has vuelto. ¿Has hablado con él?

—No. Solo crucé un par de palabras con él en el entierro de mi abuela, y eso fue antes del verano.

—¿Y qué te dijo?

—Que su casa siempre tendrá las puertas abiertas para mí.

—Tiene un don para saber qué decir en cada momento —resopla y después sonríe—. No pretendo condicionarte con mis palabras, Summer, pero quiero que seas consciente de con quién estás tratando. Conrad McCoy era el socio de tu padre y, durante estos tres años, ha dirigido la compañía en solitario. Hay que recordarle que la que tiene que ocupar ese puesto eres tú y no él. Sé que no será fácil porque alegará que eres joven e inexperta, pero no siempre vas a tener dieciocho años y te estás formando para ser la digna sucesora de Tom Sanders. Ahora lo que tienes que hacer es ir metiendo la naricilla en este mundo; tanto Arthur como yo te ayudaremos en todo lo posible. Acabas de cumplir la edad que la ley exige para acceder a la herencia, al fin se ha podido proceder a la apertura del testamento y conocer la última voluntad de tu padre y, ahora que sabemos lo que él quería cuando ya no estuviera entre nosotros, tenemos que ir a por todas para que se cumpla. Lo único de lo que debemos asegurarnos, cuando alcances la madurez y los conocimientos necesarios, es de tener a todos los accionistas de nuestro lado para

poder hacer la transición de una manera pacífica y rápida, para que, así, Sagma vuelva a ser Sanders y deje de ser McCoy.

—¿Crees que Conrad me lo va a poner difícil? Lo conozco poco, solo lo he visto dos veces y ambas fueron en entierros, en los que yo, bueno, lógicamente no estaba en mi mejor momento. Sin embargo, en el velatorio de mi abuela sí que hablamos un rato; es cierto que fue de una manera muy informal, pero me pareció un hombre muy amable. Además, recuerdo que mi abuela me contó que él y mi padre fueron grandes amigos.

—Sí que fueron grandes amigos, pero en los últimos años se distanciaron. Por eso, no sé qué ocurrirá cuando sepa que tu intención es recuperar la presidencia. No hay que olvidar que tiene un hijo y que querrá que sea él, y no tú, quien lo suceda en el cargo. ¿Te acuerdas de Parker McCoy?

—No recuerdo haber coincidido con él en persona, aunque sí vi, hace un par de años, unas fotos de todos ellos en la prensa. Juraría que fue por algún aniversario de la pareja. Si la periodista no se equivocó, Parker es un par de años mayor que yo.

—Exacto, Parker cumplirá los veinte el mes que viene. Y sí que os habéis visto. Fue en el entierro de tu padre, pero supongo que no estabas pendiente de nada en ese momento y, además, han pasado tres años de eso...

—Prácticamente no recuerdo nada de ese día. Es como un enorme nubarrón en mi mente.

—Me lo imagino. A lo mejor te lo has encontrado por Princeton —me comenta con una tímida sonrisa—. Estudia allí desde el año pasado.

—La verdad es que, desde que puse un pie en la universidad, me he centrado en mis estudios y no he

tenido tiempo libre para conocer gente. Con decirte que solo conozco a una persona, mi compañera de habitación... —añado sonriendo—. Pero sigue hablándome de los McCoy, Emma.

Ella abre los labios, pero vuelve a cerrarlos cuando oye a alguien golpear con suavidad su puerta. Me mira mientras alza una ceja, como si estuviese esperando esta interrupción.